



Seix Barral LOS TRES MUNDOS

**Mary MacLane**

---

Deseo que venga el Diablo

---

*Prólogo de Luna Miguel*

---





**Seix Barral** Los Tres Mundos

---

# Mary MacLane

## Deseo que venga el Diablo

Prólogo de Luna Miguel

Traducción del inglés por Julia Osuna Aguilar

---

Mary MacLane

Título original: *I Await the Devil's Coming*

© por el prólogo, Luna Miguel, 2015

© por la traducción, Julia Osuna, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-322-2425-6

Depósito legal: B. 25.208-2014

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.7.

---

*Butte, Montana, 13 de enero de 1901*

Yo, de condición femenina y diecinueve años, empiezo ahora a poner por escrito un Retrato lo más completo y franco que me sea posible de mi persona, Mary MacLane, para quien en el mundo no hay parangón.

Estoy convencida de ello porque soy peculiar.

A todas luces soy original, por nacimiento y por evolución.

Poseo una intensidad vital muy poco habitual.

Soy capaz de sentir.

Tengo una capacidad maravillosa para la desgracia y la felicidad.

Soy amplia de miras.

Soy un genio.

Soy filósofa de una buena escuela peripatética, la mía propia.

No me importan ni el bien ni el mal: tengo una conciencia nula.

Mi cerebro es un conglomerado de feroz versatilidad.

---

He alcanzado un estado realmente maravilloso de infelicidad desdichada y malsana.

Me conozco, ¡y tanto que me conozco!

He alcanzado un egotismo que es verdaderamente singular.

Me he adentrado en las sombras espesas.

Todo esto constituye peculiaridad. Entiendo, pues, que soy muy muy peculiar.

He buscado y rebuscado el menor atisbo de un parangón entre los varios cientos de personas a los que puedo llamar conocidos. Ha sido en vano. Hay gentes y más gentes de distintas profundidades y complejidades de carácter, pero nadie puede compararse conmigo. Los jóvenes de mi edad —cuando me da por ofrecerles tan sólo un destello de cómo funciona en realidad mi mente— no pueden por más que mirarme con estulticia desorientada, atónitos; por su parte, los viejos de cuarenta y cincuenta —y es que los de cuarenta y cincuenta siempre serán viejos a los diecinueve—, o bien tampoco pueden por más que mirarme con estulticia, o bien, al tiempo que su estrechez de mente se reafirma sola, esbozan esa sonrisilla picarona de superioridad que reservan sin falta para las boberías de los jóvenes. ¡Lo memo que se puede ser en ocasiones a los cuarenta y cincuenta!

Se trata, ya se ve, de casos extremos. Hay entre mis conocidos jóvenes que no me miran con estulticia, y sí, incluso de cuarenta y cincuenta, también hay quienes entienden algunas fases de mi compleja personalidad, aunque ninguno que la comprenda en toda su extensión.

---

Pero, como he dicho, no esperéis encontrar tan siquiera el atisbo de un parangón entre éstos.

Pienso ahora, sin embargo, en dos mentes famosas del mundo de las letras con las que la mía guarda ciertas similitudes interesantes. Hablo de las de Lord Byron y Marie Bashkirtseff. Es en el Byron de *Don Juan* en quien encuentro asomos de mi persona. De esa sublime efusión pocos habrá que admiren al personaje de Don Juan, mas todos deberían admirar a Byron. Es de veras admirable. Desnuda y muestra su alma como una maraña de bien y mal —como se conocen estos términos— para que el mundo entero la contemple. Conocía la raza humana y se conocía a sí mismo.

En cuanto a esa extraña ilustre que era Marie Bashkirtseff, sí, es cierto que me parezco a ella en muchos aspectos, tal y como me han dicho. Pero en la mayoría de las cosas la supero.

Donde ella es profunda, yo profundizo más.

Donde ella es maravillosa en su intensidad, yo maravillo aún más en mi intensidad.

Donde ella destila filosofía, yo soy filósofa.

Donde ella despliega una vanidad y un engreimiento pasmosos, yo despliego una vanidad y un engreimiento aún más pasmosos.

Aunque ella, a decir verdad, pintaba cuadros buenos, y yo, ¿qué sé hacer yo?

Ella tenía una cara hermosa mientras que yo soy un insignificante animalillo de rasgos ramplones.

Ella se rodeaba de amigos que la admiraban y la comprendían mientras que yo estoy sola..., sola, por mucho que haya gente y más gente.

---

Ella era un genio, y más aún lo soy yo.

Sufría con el dolor de una mujer, joven; yo, en cambio, sufro el dolor de una mujer, joven y sola como ninguna.

Así son las cosas.

Por algunas líneas he llegado al borde del mundo. Si doy un paso más, me caeré. No doy el paso. Me quedo en el borde, y sufro.

¡No hay nada, nada de nada sobre la faz de la Tierra que pueda sufrir como sufre una mujer joven y sola como ninguna!

Antes de continuar con el Retrato de Mary MacLane escribiré algunos datos poco interesantes sobre su historia.

Nací en 1881 en Winnipeg, Canadá. Si Winnipeg vivirá para enorgullecerse de este hecho es una incógnita que despierta en mí cierta elucubración y angustia. A los cuatro años me trasladé con mi familia a un pueblecito del oeste de Minnesota, donde llevé una vida más bien insulsa y solitaria hasta los diez años. Fue entonces cuando nos vinimos a Montana.

Lugar donde la vida antes mencionada continuó.

Mi padre murió cuando yo tenía ocho años.

Más allá de abastecerme con holganza de alimento y ropa, mandarme a la escuela —ni más ni menos que lo que me merecía— y trasmitirme la sangre y el carácter de los MacLane, no considero que me dedicara ni un solo pensamiento.

Querirme, desde luego, no me quería, pues era inca-

---

paz de querer a nadie que no fuese él mismo. Y puesto que en este mundo nada adquiere trascendencia sin el amor de los seres humanos por el prójimo, me suscita una indiferencia monumental que mi padre, Jim MacLane, de egoísta recuerdo, esté vivo o muerto.

Él no es nada para mí.

Tengo aún conmigo a una madre, una hermana y dos hermanos.

Tampoco son nada para mí.

Si fuera una extraña curiosidad de feria, cosa que me atrevería a decir que me consideran, no me entenderían mucho más.

Soy ante todo de sangre MacLane, que descende de las Tierras Altas de Escocia. Mis hermanos heredaron los rasgos de la familia materna, que asciende de las Tierras Bajas de Escocia. Ya de por sí esto no es una diferencia insignificante. Además, los MacLane —éstos en particular— son ligeramente distintos de cualquier familia de Canadá, y de todas las que yo haya conocido. Aglutina y aglutinó a fanáticos de muy distintas mentalidades —religiosos, sociales, de todo—, y yo soy una MacLane de pura cepa.

No existe la más mínima simpatía entre mi familia más cercana y yo. Y nunca podrá haberla.

Mi madre, por mucho que haya estado conmigo durante el conjunto de mis diecinueve años, tiene una idea completamente distorsionada de mi naturaleza y los deseos de ésta, si es que, en efecto, tiene alguna.

Cuando pienso en el amor exquisito y en la simpatía que puede existir entre madre e hija, siento como si me



---

hubieran desposeído de algo bello que me pertenece por derecho, en un mundo donde desgraciadamente tales cosas no abundan.

Siempre será así.

A mis hermanos no les intereso ni yo, ni mis análisis y filosofía ni mis anhelos. Los suyos son estrictamente prácticos y materiales. Para ellos el amor y la simpatía entre seres humanos son, por lo que parece, algo exclusivo de personajes literarios.

Para abreviar: ellos son escoceses de las Tierras Bajas y yo soy una MacLane.

Y así, como decía, me traje conmigo mi existencia anodina a Montana. Con todo y con eso, dicha existencia se fue haciendo menos anodina conforme mi mente versátil empezó a desarrollarse, a crecer y a conocer las cosas deslumbrantes que existen. Con el devenir de los años, sin embargo, me di cuenta de que mi vida era, en el mejor de los casos, una cosa insulsa y negativa.

Los miles de tesoros que ansiaba brillaban por su ausencia.

Terminé la escuela secundaria con lo siguiente: un latín notable, un francés y un griego buenos; una geometría y demás matemáticas indiferentes; un amplio conocimiento de historia y literatura; filosofía peripatética que me procuré sin ayuda alguna de la escuela; cierta genialidad, que siempre ha estado en mí; un corazón vacío que se ha convertido en un ser de madera; un excelente cuerpo fuerte de mujer joven; un alma penosamente privada de alimento.

Con este bagaje he proseguido por mi cuenta estos

---

dos últimos años. Mi vida, en cambio, pese a lo insatisfactoria y lo retorcida, ha dejado de ser insípida, pues está colmada de una miseria hiriente: la miseria de la Vaciedad.

No me ocupo en nada en particular. Escribo a diario. La escritura es una necesidad, como el comer. Hago algunas tareas de la casa y, en general, las disfruto (insisto, algunas). Aborrezco quitar el polvo a las sillas pero no le tengo una aversión especial a fregar los suelos. Es más, gran parte de la fuerza y la elegancia de mi cuerpo proviene de fregar el suelo de la cocina, por no hablar de algunas ideas interesantes de filosofía. Confiere cierta energía a cuerpo y mente.

Pero, ante todo, doy largos paseos por el campo. Butte y sus alrededores presentan el panorama más feo que uno pueda imaginar. Tan feo es que roza la perfección de la fealdad. Y nada que sea perfecto, o casi, debe despreciarse. He alcanzado unas sutilezas de comprensión pasmosas mientras camino millas y millas por la arena y aridez de las lomas y las quebradas. Su desolación total es una inspiración para pensamientos largos larguísimos y anhelos sin nombre. A diario camino por la arena y aridez.

Y, por tanto, mi vida diaria semeja una vida ordinaria y, posiblemente, para una persona ordinaria, una vida cómoda.

Puede que así sea.

Para mí es un hastío vacío y maldito.

Me levanto por la mañana; hago tres comidas; y camino; y trabajo un poco, leo otro poco, escribo; veo gente anodina; me voy a la cama.

---

Al día siguiente me levanto por la mañana; hago tres comidas; y camino; y trabajo un poco, leo otro poco, escribo; veo gente anodina; me voy a la cama.

Una vez más me levanto por la mañana; hago tres comidas; y camino; y trabajo un poco, leo otro poco, escribo; veo a gente anodina; me voy a la cama.

¡Una vida profunda y exaltada, desde luego!

Lo que me provoca, cómo me afecta, es lo que estoy intentando retratar.

*14 de enero*

Tengo en mí el germen de la vida intensa. Si pudiera vivir, y lograr escribir mis vivencias, el mundo en sí sentiría la intensidad que poseen.

Tengo la personalidad, la naturaleza, de un Napoleón, en su traducción femenina. Y por tanto yo no conquisto, ni siquiera lucho. Me las ingenio sólo para existir.

Pobrecilla Mary MacLane... ¿Qué no serás? ¿Qué cosas tan maravillosas no harás? Siempre aplastada, medio enterrada, una semilla que cayó en suelo yermo, sola, incomprendida, críptica... ¡Ay, pobrecilla Mary MacLane! Lloro, mudo —¿por qué no lloras?—, por la pobre Mary MacLane.

Si hubiera nacido hombre, ya habría dejado una impronta profunda de mí misma en el mundo, al menos en alguna parte. Pero soy mujer, y Dios, el Diablo, el Destino, o quien fuera, me ha desollado, me ha despojado del grueso pellejo exterior y me ha arrojado en plena vida: he

---

quedado como un ser solitario, maldito y lleno de la sangre roja rojísima de la ambición y el deseo, aunque temeroso de que lo toquen, pues ya no hay pellejo grueso entre mi carne sensible y los dedos del mundo.

Pero deseo que me toquen.

Napoleón era hombre y, por sensible que fuera, su piel estaba bien guarnecida.

Pero yo soy mujer, en pleno despertar, y nada más despertar y mirarme, de buena gana me daría media vuelta y volvería a dormirme.

Todo esto entraña un dolor cuando una es mujer, joven y sola como ninguna.

Me embarga una ambición, darle al mundo el Retrato de Mary MacLane al desnudo: su corazón de madera, su buen cuerpo de joven, su mente y su alma.

¡Deseo escribir, escribir y escribir!

Deseo adquirir esa cosa bella, benéfica, amable y satisfactoria: Fama. ¡Ay, la deseo, cómo la deseo! Me gustaría dejar atrás para siempre toda esta oscuridad, esta miseria, mi infelicidad hastiada.

Estoy tremenda tremendísimamente cansada de mi infelicidad.

Me gustaría que este Retrato se publicara y se lanzara a ese profundo mar de sal que es el mundo. Allí seguro habrá quien lo entienda, a él y a mí.

¿Puedo ser eso que soy?, ¿puedo ser poseedora de esa genialidad singular y particular y aun así arrastrar mi vida en penumbra por este pueblo zafio y retorcido de Montana?

¡Eso ha de ser imposible! Si creyera que el mundo no

---

tiene nada más reservado para mí... no sé lo que haría. ¿Pondría fin en el acto a mi monótona e insignificante vida? Me temo que así es. Soy filósofa... y cobarde. Y sería infinitamente mejor morir ahora, en la cadencia estrepitosa de la juventud, que seguir arrastrándome año tras año y tras año, hasta encontrarme siendo una anciana estancada, carente de espíritu y esperanzas, con un cuerpo decrepito, una mente decrepita (y nada que recordar salvo las visiones de cosas que podrían haber sido), y el hastío.

Veo la imagen. La veo claramente. ¡Ay, buen Diablo, líbrame de ella!

Sin duda en un mundo de tantas y tan variadas cosas hermosas ha de haber alguna para mí.

Y siempre, mientras siga siendo joven, estará esa luz tenue, el Futuro. Es, no obstante, realmente tenue esa luz tenue, y a menudo tiene algo de traicionera.

*15 de enero*

De modo que sí, me considero, en esta etapa de condición femenina y diecinueve años, un genio, una ladrona, una mentirosa..., una vagabunda de moral dispersa, más o menos necia, y filósofa de la escuela peripatética. Considero asimismo que ni siquiera dicha combinación puede hacer feliz a nadie. Me sirve, no obstante, para ocupar mi mente versátil, para seguir preguntándome qué me tiene reservado un buen Diablo.

---

Filósofa de mi propia escuela peripatética..., camino hora tras hora por la desolada arena y la monotonía de las lomas diminutas y quebradas a las afueras de este pueblo minero. Por la mañana, al atardecer, en el frío de la noche. Y hora tras hora, mientras camino, desfilan por mi cerebro procesiones largas larguísimas: la procesión de mis caprichos, la procesión de mi egotismo sin parangón, la procesión de mi infelicidad, la procesión de mi minucioso analizar, la procesión de mi filosofía particular, la procesión de mi vida tediosa tediosísima... y la procesión de las Posibilidades.

Salimos los tres a la arena y aridez: mi corazón de madera, mi buen cuerpo de joven y mi alma. Vamos y contemplamos las extensas y arenosas tierras baldías, la línea roja rojísima del cielo al ponerse el sol, los montes fríos y sombríos por debajo, esa tierra sin maleza alguna, sin ni una brizna de hierba en la estación que le es propia..., pues hace años que murieron por el humo sulfuroso de los altos hornos.

Esa arena y aridez conforman, por lo tanto, el escenario de la personalidad mía.

*16 de enero*

Me siento como de cuarenta años.

Así y todo sé que mi sentir no es el de alguien de cuarenta años. Son los sentimientos de una juventud miserable y desdichada.

---

A diario el ambiente de una casa se hace insoportable, de modo que a diario salgo a la arena y aridez. No hace frío ni tampoco un clima templado. Está sombrío.

Permanezco dos horas sentada en el suelo, a la vera de un arroyuelo penosamente escuálido. Ni siquiera es un arroyo natural; me atrevería a decir que proviene de una de las minas de los montes. Pero está bien que sea un arroyo no natural..., más acorde con la arena y aridez. Combinan a la perfección.

Igual que yo combino con todo esto a la perfección. Al fin y al cabo, sienta bien combinar con algo: estar en contacto con algo, aunque sea arena y aridez.

La arena y aridez es vieja..., viejísima. Lo piensas nada más verla.

¡Ay, qué sería de mí si la tierra fuese de madera y tuviera un cielo de papel!

Me siento como de cuarenta años.

Y repito que sé que mi sentir no es el de alguien de cuarenta años. Son los sentimientos de una juventud miserable y desdichada.

Aún más lamentable que la arena y aridez y el arroyuelo no natural es el camposanto reseco y retorcido donde la gente reseca y retorcida de Butte entierra a sus amigos muertos. Caminar hasta ese camposanto, contemplarlo y deleitarme en lo lamentable de su naturaleza es para mí motivo de regocijo.

«Es más lamentable que yo, mi arena y aridez y mi arroyuelo no natural», me digo una y otra vez, y hallo consuelo.

El desamparo de su estado es mayor que el de una

---

mujer joven y sola. Está destartalado, ahogado por la tierra y las piedras. Las escasas briznas de hierba parecen avergonzarse de que las vean crecer allí. La gran mayoría de las lápidas son de madera y están en un bochornoso estado de decrepitud. Las que son de piedra resultan aún más bochornosas en su brillo riguroso.

Los amigos resecos y retorcidos de las gentes resacas y retorcidas de Butte están enterrados en este yermo polvoriento, monótono y azotado por el viento. Quedaron aquí abandonados al olvido.

El Diablo debe de regocijarse en este cementerio.

Y yo me regocijo con el Diablo.

Pues para mí supone algo que contemplar más lamentable que yo misma, mi arena y aridez y mi arroyo no natural.

Me regocijo con el Diablo.

Los moradores de este camposanto han caído en el olvido. En cierta ocasión asistí al entierro de un crío. Volví a diario durante quince días y siempre me encontraba allí a la madre del pequeño. Iba y se plantaba delante de la pequeña sepultura fresca. Al cabo de unos días dejó de ir.

Como conocía a la mujer, fui a verla a su casa. Estaba empezando a olvidar al niño. Comenzaba a retomar el hilo de su vida por donde lo había dejado. El hilo de su vida está enredado con los divorcios y las peleas de sus vecinos.

A la intemperie del cementerio retorcido ha quedado olvidado su hijo. Y la lápida de madera no tardará en descomponerse. Los gusanos, por su parte, no se olvidarán de su tarea. A estas alturas se habrán comido el cuerpecito.



---

to y lo habrán disfrutado. Los gusanos siempre disfrutan cuando les ponen un cuerpo en el plato.

Y también el Diablo se regocija.

Y yo me regocijo con el Diablo.

Son más lamentables, insisto, que yo y mi arena y aridez: la madre cuya vida está enmarañada en divorcios y peleas, los gusanos que se comen el cuerpo del niño y la lápida de madera que no tardará en descomponerse.

Y así el Diablo y yo nos regocijamos.

Pero, por muy espantosamente lamentable que sea este cementerio seco, la arena y aridez y el arroyuelo moroso tienen su propia condena individual y persistente. Por suerte, el mundo está concebido para que cada uno de sus tesoros pueda ser condenado de una manera y en un grado distintos.

Me siento como alguien de cuarenta años.

Y sé que mi sentir no es de cuarenta años. A los cuarenta no se siente nada parecido. A los cuarenta hace tiempo que se extinguió el fuego. Cuando tenga cuarenta volveré la vista atrás a mi yo y mi sentir de diecinueve años... y hasta puede que sonría.

¿Realmente sonreiré?

*17 de enero*

Como he dicho, deseo Fama. Deseo escribir: escribir cosas que provoquen la aclamación admirativa del mundo en su totalidad; cosas que sólo se escriben una vez en

---

años, cosas sutiles pero claramente distintas de los libros que se escriben todos los días.

Yo soy capaz.

Dejadme siquiera que empiece, siquiera dejadme que golpee al mundo en un punto vulnerable, y lo tomaré al asalto. Dejadme siquiera ganarme los galones y ya me veréis —de condición femenina y joven—, valiente, a horcajadas sobre un corcel en pos del mundo, con la Fama pisando los cascos de mi montura, entre multitudes boquiabiertas.

Pero, ¡más que todo eso deseo ser feliz!

La Fama es ciertamente benigna, afable y satisfactoria. Pero la Felicidad es algo más tierno y brillante que todas las cosas.

Deseo la Fama más de lo que soy capaz de expresar.

Pero más que desear la Fama deseo la Felicidad. Nunca he sido feliz en mi corta y hastiada vida.

Imaginaos, sí, ¡imaginaos!, ser feliz durante un año..., ¡un día! ¡Qué brillantemente azul estaría el cielo; con qué alegría y fluidez discurrirían los ríos verdes; qué triunfantes los cuatro vientos del cielo, felices y alocados, barrerían los confines de la Tierra hermosa!

¡Qué no daría yo por un día, una hora, de esa Felicidad encantadora! ¿A qué no renunciaría?

¡Cuán necios, cómo nos gusta pisarnos los talones los unos a los otros, tirarnos de los pelos y arañarnos las caras en nuestro galope furioso en pos de la Felicidad! Para algunos la encarna la Fama, para otros el Dinero, para otros el Poder, para otros la Virtud... y para mí algo muy parecido al amor.